

REGINA TAPIA, *El pueblo y el poder: repertorios en la formación de una cultura política. Gobernados y gobernantes en la ciudad de México a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio Mexiquense, 2024, 235 pp. ISBN 978-607-883-680-2

La formación de una cultura política ciudadana decimonónica caracterizada por la relación entre el “pueblo” y quienes detentan el “poder” gubernamental, mediada por diversos repertorios de comunicación y expresión, es el tema del libro *El pueblo y el poder: repertorios en la formación de una cultura política*. Fruto del trabajo paciente y comprometido de Regina Tapia, surgió como tesis doctoral y posteriormente se decantó, reescritura mediante, en la obra que ahora nos entrega, la cual permite pensar el mediodía del siglo XIX —en términos de la vida política— como el momento de tránsito entre el “sistema tradicional”, caracterizado por las pervivencias de fórmulas del Antiguo Régimen, y la modernidad política liberal. El acento está puesto en la perspectiva social de la política, esto es, en la dimensión de lo político.

Para analizar el “lado social de la política” se estudian cuatro prácticas de comunicación e interpelación a las autoridades, expresiones tanto individuales como colectivas de la ciudadanía constitucional y de la ciudadanía ampliada —de la sociedad política actuante—, para hacerse escuchar y visibilizarse en el espacio público: las representaciones ciudadanas, las elecciones y su ejercicio, el motín político y el binomio pronunciamiento-revolución. Todo ello situado en el acotado marco geográfico de la ciudad de México, la más urbana de las ciudades de la época, hay que apuntarlo, y en el periodo que abarca de 1848 a 1857.

Estas cuatro prácticas no son excluyentes entre sí, ni su utilización supone un ordenamiento jerárquico ni una instrumentación progresiva. Recurrían a ellas las personas que habitaban la ciudad según el momento y la necesidad. Aunque, en realidad, como se muestra en el capítulo quinto, las/los habitantes de la capital del país se valieron sólo de las tres primeras y, al menos para la época en estudio, no detectó la autora ni pronunciamientos ni revoluciones sino el uso interesado y ventajoso por parte de las élites políticas de aquellos movimientos

que estallaron en las regiones, en este caso los que tuvieron como epicentro Jalisco y Ayutla, y de los que buscaron “tomar el control”. Empiezo por el final del libro, con las prácticas extremas a la que recurrían las personas frente al poder: el pronunciamiento y la revolución. El pronunciamiento era “el documento generador de posibles revoluciones”, dado que en él “se expresaron denuncias y [se hicieron] propuestas políticas”. A un pronunciamiento generalmente lo acompañaba el estallido de un movimiento armado que podía alcanzar el grado de revolución.

Los casos de Jalisco (1852-1853) y Ayutla (1854-1855) fueron relevantes porque “tuvieron repercusiones en todo el país” y “dieron origen a gobiernos nacionales con sede en la capital”. El primero, provocado por las disputas por la definición entre los modelos federalista y centralista; el segundo, triunfante el federalismo, por la “aplicación del liberalismo reformista”. Algo más nos revela Tapia al analizar el impacto, asimilación y apropiación de estos movimientos desde y por la ciudad de México: las tensiones y enfrentamientos entre el centro político y las regiones en la lucha por “la hegemonía de la toma de decisiones”. En la disección de esas revoluciones nos muestra que “la movilización política se hizo desde arriba” desempeñando el pueblo un lugar “condicionado por la maquinaria política”; y el peso político que tuvo el ejército al asumir la “función de mediadores para la solución de conflictos”. Considerando los estudios que destacan la intervención del ejército como autores y protagonistas de múltiples pronunciamientos, opta la autora por poner el foco en su papel político en relación con los mismos.

El pronunciamiento, el sistema de pronunciamientos y la revolución son tres formas del “repertorio de la insurrección” que, es dado afirmar, atentaban “contra el sistema de representación moderna” pero eran, a la vez, “una de las nuevas formas de hacer política” en el marco del liberalismo. Era una práctica extralegal y, sin embargo, aceptada. Pero frente al pronunciamiento y la revolución, lo que predominó entre la población de la capital fue el uso de otras prácticas políticas ejercidas tanto de manera individual como de forma comunitaria: la representación, por un lado, y el motín, por el otro.

La representación era el escrito que toda persona, ciudadana o no, podía utilizar para elevar ante las autoridades de cualquier poder y

ámbito sus peticiones. También sirvieron para expresar “sus inquietudes”, hacer “sugerencias” y mostrar, en caso de ser necesario, su “desacuerdo con el poder”. Señala Tapia la particular riqueza de estos documentos, ya que en ellos “la voz del pueblo puede leerse sin intermediarios”, aunque, aclara, esto sea, “al menos aparentemente”. Tras una amplia investigación, de la muestra seleccionada de materiales, destaca los asuntos de mayor importancia y establece que fueron cuatro grandes temas: los relacionados con la religión y el clero; los de corte económico; los de administración pública; y “la solicitud de alguna gracia”. Pudo también identificar una amplia heterogeneidad de voces ejerciendo la representación: la de los indígenas de Tlatelolco, la de los clérigos, la de los estudiantes, los profesionistas, los integrantes de las élites política y económica y la de las mujeres, preocupándose por ubicar socialmente a sus autores/as. En este capítulo la reflexión, la deconstrucción y la interpretación del discurso es pieza clave para la lectura de las representaciones; analizando desde las formas de salutación y presentación hasta el uso de las leyes y los derechos, Tapia muestra cómo los lenguajes se transformaron a la par que la sociedad política que los usaba.

En diversos momentos Tapia tiende puentes entre el pasado que estudia y el presente desde el cual escribe. En ese sentido, hay en una de las representaciones una denuncia cuya vigencia y actualidad se mantiene: la que se refiere a los “visionarios políticos, quienes, desde las tribunas parlamentarias y periodísticas, *hacen creer que su opinión y su voluntad son las opiniones y la voluntad de la república*”. Exhibe esta representación la conciencia popular del uso que hacen los hombres en el poder del sujeto “pueblo” para agenciarse legitimidad. Y no, no es su voz, la de los notables, la voz del pueblo. El pueblo se encargó de hacerse escuchar en las representaciones y en las calles. En ese sentido, el motín constituye uno de los comportamientos políticos que el pueblo asumió frente al poder y forma parte de los “repertorios de la acción colectiva”. El motín político es aquí entendido como la expresión de la multitud para enviar un mensaje a las esferas gubernamentales. Lo que subyace en él es la demanda a las autoridades y lo definen dos elementos: la exigencia de diálogo y el “uso de ciertos lenguajes”. Si bien es violento, nos dice Tapia, el motín no es irreflexivo, sumándose así a autores que han desmontado el mito de la espontaneidad en ese

tipo de acciones, y, generalmente, pese a la idea común en contrario, es organizado. La autora lee el motín como estrategia de oposición al gobierno, por un lado, y por el Estado mismo en contra de sus instituciones, por el otro.

Los motines sirvieron para protestar, pero también para intentar modificar un mandato público o para buscar sustituir autoridades. Señala también los dos componentes principales del motín, el primero, “el acto político legítimo”, esto es, el del planteamiento de los reclamos y las demandas, y, el segundo, el del desbordamiento de las pasiones soliviantadas por la ingesta de bebidas etílicas que se traducían en ataques, destrozos y hasta incendios

La cuarta práctica de intervención en las dinámicas políticas de corte representativo fue el del sufragio. Con acierto analiza en el capítulo correspondiente los “comportamientos electorales de los capitalinos” dirigiendo el interés a la comprensión de la “naturaleza de las conductas políticas”. Señala la “poca participación popular”, de un lado, y los muchos “arreglos desde las cúpulas”, del otro. La década aquí estudiada, concluye, estuvo marcada por la “falta de constancia en los procesos electorales” motivada por diversas circunstancias, entre ellas los episodios bélicos, lo que repercutió, de manera directa, en la forma en que la “población capitalina se integró en la comunidad política a través del voto”. Encontramos también una amplia desagregación de información sobre la definición de la ciudadanía y sus modificaciones. Se discute igualmente sobre las características de los comicios encontrando en los niveles de la indirecta un factor explicativo al desinterés en el nivel primario. Concluye Tapia que “la voz política del pueblo no se escuchó en las urnas” sino que “se leyó en las representaciones escritas”. Y es así porque la práctica electoral rompía con el carácter de las otras dos, que tenían una mayor carga de tradición, y era, sin duda, la más moderna, lo que explica que en un momento tan temprano de la vida del nuevo país la ciudadanía aún no valorara del todo su uso como mecanismo de expresión y comunicación de su voluntad frente a los grupos que se disputaban la dirección gubernamental.

Una modernidad en ciernes que se entreteje con la supervivencia de la tradición se revela en esta obra. Cada concepto es desmenuzado: lenguaje, cultura política, pueblo, representación, soberanía popular, ciudadanía. Aquí encontramos las demandas y reclamos, los miedos,

RESEÑAS

las desconfianzas, las tribulaciones de la ciudadanía. Comunitarias o individuales, colectivos o personas, gente de la élite, pero también los sin nombre articulados en la multitud se hicieron presentes como parte de la comunidad política actuando mediante la representación escrita, acudiendo a votar o haciendo el vacío en los comicios, sumándose a las expresiones violentas como el motín y sacando provecho de los pronunciamientos revolucionarios que llegaron de fuera. Escritos, intrigas y hasta revueltas son leídas en clave de recursos de comunicación política en este libro.

Fausta Gantús
Instituto Mora